

Fernando Noguerales Fraguas

ASÍ SE ENSEÑABA
EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
Los estudios de medicina en su contexto académico
(ss. XVI-XIX)

Magnificant

Editorial Universidad de Alcalá

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Fernando Noguerales Fraguas
© Editorial Universidad de Alcalá, 2026
Plaza de San Diego, s/n
28801 Alcalá de Henares
www.publicaciones.uah.es

Motivo de cubierta:

Matías de Irala, *Amphiteatrum matritense*, portada de *Anatomía completa del hombre*, de Martín Martínez, Madrid, Imprenta Real de Don Miguel Franco Rodríguez, 1745. Imagen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

ISBN papel: 978-84-10432-37-6
ISBN electrónico: 978-84-10432-95-6
Depósito Legal: M-4546-2026

Diseño de la colección: Ronda Vázquez Martí

Impresión y encuadernación: Solana e Hijos, A.G., S.A.U.
Impreso en España

*“Los hechos históricos se asemejan a los peces
que nadan en un océano anchuroso y aun a veces
inaccesible; y lo que el historiador pesque
dependerá en parte de la suerte, pero sobre todo de la
zona del mar en que decida pescar”*

E.H. Carr

*A May
A Jorge y Laura
Siempre. Casi siempre*

PRESENTACIÓN: EL DESAFÍO DE NARRAR LA HISTORIA: ENTRE LA SUCESIÓN Y LA SIMULTANEIDAD

Al abordar la narración de una serie de acontecimientos que han tenido lugar a lo largo del tiempo, solemos caer en un error fundamental: la tendencia a estructurar los hechos de manera sucesiva, como si hubieran ocurrido uno después del otro en una línea temporal estricta y ordenada. Esta forma de narrar, aunque práctica y comprensible, simplifica en exceso la realidad, pues en la historia —como en la vida misma— los acontecimientos rara vez se desarrollan de forma aislada o en una secuencia perfectamente encadenada. Más bien, los hechos suelen entrelazarse, superponerse e influenciarse mutuamente en un entramado complejo y dinámico.

Este problema nos lleva a una cuestión central en el estudio y la exposición de la historia: ¿cómo representar la simultaneidad de los sucesos sin perder claridad? Para abordar esta dificultad, es útil recurrir a una estrategia que nos permita comprender mejor la interrelación de los hechos sin sacrificar la estructura narrativa. En este sentido, esbozar un esquema general puede servirnos como una herramienta de orientación, de la misma manera en que un mapa nos guía a través de un territorio sin necesariamente reproducirlo en todos sus detalles.

Pensemos en un mapa geográfico. Un mapa, por más preciso que sea, nunca refleja la realidad en su totalidad; en su lugar, selecciona y resalta los accidentes geográficos más relevantes para ofrecer una visión útil del espacio representado. Del mismo modo, la narración historiográfica no puede —ni debe— abarcar la totalidad de los datos disponibles. La información histórica es vastísima y, en muchos casos, imposible de recopilar en su totalidad. Además, un exceso de datos puede abrumar al lector y diluir el significado de los acontecimientos clave. Por ello, el historiador debe asumir la tarea de seleccionar los hechos más relevantes, aquellos que han sido suficientemente contrastados y cuyo valor explicativo justifique su inclusión en el relato.

Sin embargo, esta selección no es una tarea sencilla ni exenta de riesgos. La decisión sobre qué hechos considerar esenciales y cuáles relegar a un segundo plano implica un ejercicio de interpretación que, en ocasiones, puede estar condicionado por la perspectiva del historiador, las fuentes disponibles o incluso el contexto en el que se escribe la historia. Por esta razón, es fundamental que la selección de hechos no solo sea rigurosa, sino que también se acompañe de un esfuerzo por mostrar las múltiples conexiones entre los eventos, evitando caer en una visión excesivamente simplificada o lineal.

Algunos historiadores han intentado superar las limitaciones de la narración sucesiva recurriendo a modelos descriptivos sincrónicos, que buscan ofrecer una visión panorámica de los acontecimientos en un mismo periodo de tiempo. Este enfoque puede resultar altamente enriquecedor, pues permite apreciar las interacciones y los procesos paralelos que configuran una época determinada. Sin embargo, también puede presentar dificultades, ya que su complejidad a veces lo hace menos accesible para el lector común y, en ciertos casos, puede generar la impresión de una historia fragmentada o desconectada.

Por esta razón, sin renunciar por completo a la metodología sincrónica, la historiografía tiende a preferir el modelo de sucesión de hechos, pues este facilita la comprensión del desarrollo histórico. La historia, en este sentido, se asemeja al curso de un río que avanza de manera continua, pasando por distintos paisajes y adaptándose a las

circunstancias del terreno, pero sin detenerse en un solo punto. Aunque este modelo no refleja de manera absoluta la simultaneidad de los procesos históricos, sí permite una narración más clara y estructurada, facilitando la comprensión de los hechos y su impacto en el devenir de las sociedades.

En última instancia, el desafío de la historiografía consiste en encontrar un equilibrio entre estos dos enfoques. Mientras que la sucesión de hechos proporciona una estructura accesible y coherente, el reconocimiento de la simultaneidad y la interconexión de los eventos permite una comprensión más profunda de la historia. La clave está en combinar ambas perspectivas de manera armoniosa, de modo que el relato histórico no solo sea comprensible, sino también fiel a la complejidad de la realidad que busca representar.

PRÓLOGO

Prologar un libro no es una tarea fácil, pues conlleva una cierta responsabilidad y la obligatoriedad de ser capaz de captar la esencia de lo que el escritor ha querido plasmar en su obra. En este caso, el libro posee un alma de asiento que refleja cómo se inició la Universidad de Alcalá, su estructura de planificación reglada y metodología de enseñanza, docentes, discentes y administración de esta.

Una visión que habla no solo de los frutos, sino cómo se organizaba, regía y costaba mantener esta nueva estructura naciente en la Sociedad Medieval, bajo un paraguas con dos empuñaduras rígidas y no siempre sincronizadas como lo eran el poder eclesiástico y el poder real.

El autor nos ofrece, no un libro divulgativo que entretiene sino, a modo de libro de actas (veraz y casi impersonal), una guía de vida universitaria, y nos presenta una visión de un nuevo hombre, de una nueva época de renacimiento y humanismo.

El cardenal Cisneros, en 1499, concibió un nuevo modelo universitario, distinto al de las instituciones de su tiempo —como Salamanca, Valladolid o las emergentes universidades europeas de Bolonia y París—. Propuso una formación continua centrada en el estudiante, que comenzaba en los denominados colegios menores,

donde los alumnos, ya alfabetizados a los ocho años, iniciaban su educación formal. Posteriormente, accedían a los colegios mayores, donde podían alcanzar el máximo grado académico de doctor hacia los treinta años. Este sistema educativo resulta sorprendentemente reconocible en el modelo de enseñanza actual. Este modelo singular y pionero de ciudad universitaria o “ciudad del saber” se basa en la *Civitas Dei*, modelo educativo que buscaba la excelencia académica y la formación integral de los estudiantes. Su esplendor marcará un punto de inflexión en la historia de España e Imperio Español, lo que equivalía al mundo conocido en aquellos momentos de inicios del Renacimiento y fue referente en la creación de las primeras universidades americanas. Pero a esta universidad, los avatares del destino le tienen predestinada una vida relativamente corta, con un declive lento y rígido muy duro y tras varias estocadas de muerte, su desaparición por decreto ley en la más absoluta indigencia en 1836.

Aunque el libro relata una realidad concreta bajo la dirección del visionario Cisneros —quien, lamentablemente, falleció prematuramente, no en edad sino para España—, cabe recordar las palabras de Joseph Pérez (Doctor Honoris Causa por la UAH, 2014): “Si el cardenal hubiese tenido la oportunidad de aconsejar al nuevo emperador Carlos, quizás los destinos de España hubieran sido otros”. Tal vez también lo habría sido el de su naciente obra universitaria, de la que solo alcanzó a ver los cimientos. De haber podido continuar su labor, es probable que le hubiera otorgado la flexibilidad necesaria para adaptarse al ritmo de los tiempos, evitando así que quedara anclada y condenada al ostracismo. Por ello, este libro es un referente de consulta no solo para lo que a medicina se refiere sino para cualquier estudioso de la universidad Cisneriana y amante de nuestra esencia.

En su segunda parte, entra de lleno en los estudios de medicina, iniciándose el primer curso en 1509-1510. Ofrece en este apartado una amplísimo y minucioso relato en la formación médica y la organización necesaria para llevarla a cabo. Comienza precisamente con la nueva concepción del médico —el médico humanista— figura que

imprimió un nuevo carácter y encaminó la orientación del profesional médico. Este cambio nace de la necesidad de una amplia formación previa en el bachillerato de Artes, antes de entrar en el campo concreto de la medicina. No solo era necesario dominar los idiomas del lenguaje de los textos médicos de referencia latín y griego, sino que lo más importante, se basaba en los estudios de filosofía que abrieran la mente hacia una nueva concepción de médico humanista.

Se detalla todo lo relativo a la obtención de los títulos: bachilleres, licenciados y doctores. En el mundo de la medicina, nos hace ver de forma razonada las materias a impartir, establecido en el libro de las constituciones, el tipo de enseñanza en sus dos grandes tendencias — la occidental (Hipocrática-Galénica) y la oriental (Avicena-Averroes) — y sus horarios. Así, las lecturas Hipocráticas y Galénicas serían matutinas y las segundas vespertinas.

Era necesario una formación que asegurase el conocimiento universal y general que al mismo tiempo forjase un debate tan necesario en el quehacer universitario desde entonces y tan añorado ahora en la universidad de nuestros días.

El autor va definiendo cada etapa de la Facultad de Medicina en función de los profesores, sus obligaciones, inquietudes e intereses en los estudios de medicina, no solo teóricos sino insistiendo en la importancia de las prácticas a pie de la cama del enfermo, donde la teoría aprendida era superada por la realidad acuciante en aquellos primeros hospitales que fueron los receptores reales de cambios de la práctica médica. Como el conocimiento genera conocimiento, pronto aparecen nuevos tratados médicos que van poco a poco transformando el perfil de los estudios, generando el embrión de los que luego serán especialidades médicas.

Nos ofrece Fernando Noguerales unas notas muy interesantes acerca de los profesores más importantes, de los egresados y su papel como difusores del nuevo concepto de “humanismo médico”.

Del alto nivel de su formación en Alcalá no solo se beneficiaban las ciudades y lugares selectos, sino que al ejercer su función en otros lugares se generó lo que el autor denomina “humanismo rural”.

Más adelante, se incorporó la práctica de la disección anatómica, reclamada insistentemente por los estudiantes desde 1534, pero no autorizada hasta 1559 por Felipe II. También se añadió la enseñanza de la cirugía, una disciplina con una historia larga e interesante, tradicionalmente separada de la medicina. En 1594 se creó en Alcalá la primera cátedra de cirugía, con notables aportaciones de algunos de sus profesores, cuyas contribuciones se detallan en el texto.

Finaliza esta segunda parte, con un extenso relato de profesores ilustres que formaron parte del claustro de la Universidad de Alcalá y algunos de cuyos nombres hoy podemos reconocer en las paredes del paraninfo actual o cuyos restos descansan en la capilla de la universidad como el caso de D. Francisco Valles.

Es la tercera parte la dedicada a las reformas de la universidad y de los planes de estudio. La más árida en su lectura, pero en el fondo es la menos conocida y la más interesante. Muestra que lo ocurrido en esos siglos XVI, XVII y XVIII a una universidad que fue motor de innovación en la Edad Media, pero no supo adaptarse a los cambios externos, enrocándose en su “modus vivendi”, fue abocando a un triste final. En esta parte del libro el lector se ve inmerso y se siente plenamente identificado con el más actual mundo universitario. Por ello creemos que es un libro no solo de consulta sobre una universidad y su Facultad de Medicina sino también un libro ejemplar para llevarnos a una reflexión con el lema “o te mueves, o caducas”, que tanta falta hace en la universidad del siglo XXI.

Querido lector, encontrará una obra de referencia, llena de alma, creada por un profesor y compañero que ha consagrado su vida al arte de la medicina y centrado de forma precisa en la esencia de la universidad. Le deseo una muy grata lectura.

Prof. Julia Buján Varela
Catedrática Emérita de la Universidad de Alcalá

INTRODUCCIÓN

*O**mnium scientiarum princeps Salmantica docet*: “Salamanca, primera en la enseñanza de todas las ciencias”. Con este lema orgulloso, la universidad más célebre de Castilla proclamaba su grandeza. Y no era en vano: a finales de la Edad Media, el nombre de Salamanca resonaba en toda Europa como sinónimo del saber.

Con la referencia necesaria al inicio histórico de la universidad de Alcalá, remontándonos a los tiempos de Sancho IV de Castilla, en realidad nuestro viaje comienza con el Renacimiento, ese tiempo en que la cultura se expandía con ímpetu por toda Europa y en que los Reyes Católicos y, después, Carlos I, alentaban la creación de universidades. Surgieron entonces no solo en las grandes urbes —Zaragoza, Sevilla, Valencia—, sino también en villas pequeñas, como Oropesa, Baeza u Osuna. Sin embargo, ninguna de ellas lograría hacer sombra a Salamanca... salvo una: la Universidad de Alcalá, fundada a comienzos del siglo XVI por el cardenal Cisneros.

La Universidad de Alcalá fue hija legítima de los nuevos tiempos. Allí, la enseñanza se centraba en la Teología y en el estudio de las lenguas clásicas —latín, griego y hebreo—, acompañadas de una rigurosa crítica filológica de los textos clásicos. Su organización contrastaba con la tradición salmantina: donde Salamanca ofrecía un

espíritu abierto y democrático, Alcalá imponía orden y jerarquía, con un rector que encarnaba la máxima autoridad.

En torno al imponente Colegio de San Ildefonso, levantado por Cisneros, brotaron otros colegios menores fundados por órdenes monásticas. Y así, en apenas medio siglo, la aldea medieval se transformó en lo que Erasmo describió como “el tesoro de todas las ciencias”, irradiando prestigio por toda Europa.

Mientras tanto, universidades como Zaragoza, Valencia o Valladolid mantenían su vitalidad, pero muchas otras, nacidas al calor del entusiasmo humanista, tuvieron una vida corta y apagada. Algunas eran objeto de burla: se decía que concedían títulos con demasiada facilidad. Sigüenza, Oñate y Osuna son, desde el siglo XVII, objeto de chanzas y bromas. De hecho, Cervantes, con su fina ironía, hace que Sancho Panza, ya gobernador de la ínsula Barataria, pregunte con sospecha a un médico que quería privarle de sus manjares: “¿Dónde habéis estudiado?”. El galeno, ufano, responde: “Señor gobernador, soy doctor por la Universidad de Osuna...”.

La diversidad de orígenes —unos pontificios, otros reales, municipales o incluso privados— otorgaba a cada universidad su propia fisonomía, aunque todas compartían métodos parecidos y los mismos grados académicos. Pese a ello, Salamanca se mantenía como modelo indiscutible: muchos de sus estatutos eran copiados en otras instituciones, y el prestigio de sus aulas atraía a miles de estudiantes de toda España y del extranjero. En 1584 superaba los 7.000 alumnos, una cifra asombrosa, muy por encima de los 2.000 que, en su mejor momento, reunió Alcalá. No es extraño que la expresión “estudiante de Salamanca” se convirtiera en sinónimo de vida universitaria.

Pero la universidad no era solo un lugar de estudio: era un universo propio, un espacio de residencia, de formación y de vida bajo el amparo académico. La Pragmática de Santa Fe, promulgada por los Reyes Católicos en 1492, otorgaba a los estudiantes privilegios que los distinguían del resto de la sociedad: estaban exentos de la justicia ordinaria, no servían en el ejército y estaban libres de ciertos impuestos.

Frente a la “democracia estudiantil” que respiraba Salamanca, Alcalá ofrecía un camino más jerárquico y ordenado. Sin embargo, sus aulas no estaban reservadas únicamente a los hijos de nobles y burgueses: muchas familias humildes, a costa de enormes sacrificios, enviaban allí a sus hijos con la esperanza de que alcanzaran un futuro como eclesiásticos o letrados de la administración real. En Alcalá los estudiantes pensionados o becados, se comportaron como una poderosa e influyente institución.

Aunque concebida como un centro de estudios teológicos, Alcalá alcanzó fama universal por los estudios de medicina. Sus catedráticos forjaron un concepto nuevo: la “medicina humanista” o “humanismo científico”. Esta visión revolucionaria no solo transformó la enseñanza y la práctica médica en España, sino que inspiró a las universidades más prestigiosas de Europa. El eco de aquel cambio todavía resuena en la historia de la ciencia.

Cuando a mediados del s. XVI, Madrid fue nombrada capital de España, Alcalá se benefició de la cercanía de la corte y del favor real.

Para la exposición del presente estudio he utilizado un orden no estrictamente cronológico sino tratando de situar los acontecimientos en un contexto concreto. Lo primero es la universidad, su creación, su estructura y organización; el papel trascendental que desempeñaron los visitantes. La liturgia y metodología necesaria para la obtención de los diversos grados y finalmente como se produjo y porqué el declive de la universidad que tuvo como consecuencia la clausura y el definitivo traslado a la ciudad de Madrid.

En una segunda parte me he centrado en la presentación del devenir de la Facultad de Medicina haciendo un apartado especial para la enseñanza de la cirugía y mención para la introducción en la docencia de las disecciones anatómicas en los hospitales de Alcalá. La situación de los estudiantes y su relación con los profesores, así como la situación sociolaboral de éstos, merece mención detallada.

Dejamos para el final la evolución de los planes de estudios y las reformas que se fueron planteando y ejecutando no sin oposición de las fuerzas académicas. Pienso que la fundación de las Academias y

Reales Colegios representó una competencia docente difícil de asumir por las entonces demasiado tradicionales universidades.